

do que quereis salvaros, optando por la muerte del justo. Es natural, pues sois cristianos. Para conseguirlo, para que se efectúe en vosotros una conversion verdadera, tened presente siempre la muerte y decíds á vosotros mismos con frecuencia lo que la Iglesia os ha dicho en este dia. Acuérdate hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Amen.*

SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

El precepto de amar á los enemigos, que no es de difícil observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.

Diligite inimicós vestros: benefacite his qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos.

Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.

Math. cap. V, v. 44.

Para apreciar debidamente el gran beneficio que dispensara Jesucristo á los hombres con el precepto del amor á los enemigos, necesario se hace que subamos hasta aquellos dias desventurados en que el mundo estaba sepultado en las tinieblas de los mas crasos errores: necesario es que fijemos nuestra vista en aquellos tiempos en que fuera del pueblo judío en ninguna parte era conocido ni adorado el verdadero Dios. Todas las ideas se hallaban confundidas: la razon parece que habia huido de los hombres, y en cada pueblo, en ca-

da familia habia un objeto distinto de adoracion; quién se postraba ante el sol y la luna, quién ante estatuas de oro ó plata edificadas por los hombres: seguid vuestras investigaciones sin soltar la historia de la mano, y no podreis menos de admiraros al ver altares dedicados á los vicios: aquí vereis sacrificar víctimas á Júpiter y Mercurio; allí tributar todo género de honores á la lasciva Venus; ora vereis prostituirse la inocencia en las fiestas dedicadas á Priape; ora vereis postrarse á muchos ante las bestias que colocaban en el templo: hasta las plantas encontraron adoradores en Egipto. En una palabra, todo era Dios para ellos, menos Dios.

En una sociedad arreglada de tal modo, podeis comprender cuál seria la moral que guiaria los actos de sus individuos. Triunfaban los vicios, y la virtud era desconocida. El egoismo tenia un trono en los corazones, y no existia por lo tanto principio alguno de amor, vislumbre la mas opaca de caridad. Entre sus máximas se encontraba una que no podia menos de acarrear terribles males. Amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo. Mientras podian dispensarse beneficios recíprocos se unian los hombres en estrecha amistad, que concluia en el momento mismo en que uno de ellos se veia en el infortunio. Hasta deshonroso era el procurar el alivio de aquel á quien veian en la miseria. ¡Qué moral tan funesta! ¡Qué sociedad tan desgraciada! ¡Qué caos de confusion y de miserias! El mundo debia ser regenerado con una doctrina mas benéfica, con una moral sublime que enseñase á todos los hombres á adorar á un solo Dios, é hiciera que se desterraran los errores; y Jesucristo que vino á efectuar la gran obra de nuestra Redencion, fué el

autor de la reforma del mundo, el que destruyó los errores por su boca, y despues por sus apóstoles y discípulos. ¡Ah! ¡Qué preceptos tan dulces! ¡Qué moral tan sublime la del Evangelio! A la verdad que si él no fuera obra de un Dios, no hubiera producido en su predicacion tan ópimos frutos. Cada página de ese código sagrado, depósito de nuestras leyes divinas, contiene mil consejos y avisos saludables para nuestro bien. Con parar nuestra consideracion en el trozo del Evangelio de San Mateo que acabais de oír resaltará á nuestra vista lo heróico, lo beneficioso, lo sublime de la moralidad que arroja: «Habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos, que fué dicho: amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y envia su lluvia sobre justos y pecadores. Porque si amais tan solo á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los publicanos? ¿Y si saludais tan solamente á vuestros hermanos, qué haceis de mas? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial perfecto es.» Tal es, hermanos míos, la saludable y benéfica doctrina que Jesucristo enseña á sus discípulos, para que ellos la estiendan por el mundo. Solo de los lábios de un hombre que era Dios podian salir palabras tan divinas. Solo Jesucristo, en cuyo corazon ardía el fuego de una caridad inestinguible, podia enseñar una doctrina tan benéfica para la sociedad que daba muerte á la doctrina del paganismo. Sí, cristiano:

ese que te ha ofendido, que te ha injuriado, que te ha hecho un grave mal, es tu hermano; lejos de odiarle, lejos de abrigar en tu corazón un odio implacable contra él, compadece su miseria, ámale, hazle bien y ruega al Señor por él. *Diligite inimicos vestros: benefacite his qui oderunt vos et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.* Esta doctrina es sin duda la muerte de los errores de la gentilidad: ella sirve para apagar la hoguera de Saturno, que se sostenía con toda clase de víctimas, y para destruir las inhumanas órdenes de Licurgo y otros legisladores. «El precepto de amar á los enemigos, que no es de dificultosa observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.» Tal es la proposición que pienso probar en el presente discurso, si antes me acompañais á impetrar las luces de la divinidad, por la intercesión de la Santísima Virgen María, á la que con el mayor afecto de nuestros corazones, saludaremos reverentes con las espresiones del Ángel. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

En vano los hombres, amantes del bien de la sociedad, buscarán fuera del catolicismo un código de leyes perfectas en todas sus partes, por las cuales pueda guiarse el monarca y el vasallo, el opulento y el miserable, el hombre de estado lo mismo que el pastor menos ilustrado: una colección de leyes en las que se santifiquen y perfeccionen las virtudes domésticas y se impida el desbordamiento de las pasiones y todos los excesos: un código en donde

se enseñe á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece al César: un Código, en suma, donde se ofrezcan al hombre recompensas de valor incalculable, en premio de la virtud, para hacerla amable, y castigos terribles á la maldad para hacerla aborrecible. No llameis mi atención á la antigüedad pagana, porque ni Sócrates, ni Zenon, enseñaron moral tan sublime en sus escuelas. No seré yo el que tenga la temeridad de afirmar que no se encuentran preciosos fragmentos de moral en los escritos de los sábios de la antigüedad: empero en sus mismas obras encontramos envueltos con la verdad, los mas groseros errores. Platon y Ciceron con sus escritos nos prueban esta verdad.

A Jesucristo, legislador y Salvador de las naciones estaba reservado el dictar un código sublime, un código admirable que observado en todas sus partes, pueda formar la felicidad de los pueblos y de las naciones. El Evangelio es la escuela de la verdadera moralidad: dictado por el mismo Jesucristo trasmite á todas las generaciones su vida entre los hombres, sus asombrosos milagros y su celestial doctrina. Mas poderoso el Evangelio y mas fuerte que formidables ejércitos en orden de batalla, penetró por el celo de los apóstoles, así en el alcázar de los Césares como en las humildes chozas, y á su eco desaparecieron los errores, cayeron por tierra las estátuas de los falsos dioses, se regeneraron las costumbres, y conociéndose en todas partes la verdad y lo beneficioso de las doctrinas que escuchaban, se apresuraban á aumentar el número de los que componían la escuela de Jesucristo; no obstante que la nueva doctrina chocaba de frente con sus

costumbres, con las creencias de su educacion y con sus constantes prácticas. La sublimidad de la moral del Evangelio, ha arrebatado la admiracion hasta de aquellos mismos enemigos de la Iglesia que han combatido algunos de sus dogmas. Y en efecto, á nadie se le ha ocurrido decir que la moral evangélica no es la que forma el corazon del hombre y le dirige al bien. Nadie que haya leído los preceptos que nos impone la religion, podrá decir á no estar en estado de demencia, que ellos no son beneficiosos para el buen órden de la sociedad. Nadie que haya parado mientes en los consejos que se nos dan en los libros santos, podrá dejar de conocer que solo un Dios puede ser el legislador de tan sublime código.

Toquemos, señores, para abrirnos campo dilatado al asunto principal á que debemos contraer el discurso al origen de los grandes males que afligen al mundo, á la raiz de donde nacen todas las desgracias, y veamos la sencillez al par que la sublimidad con que el Evangelio corta con sus preceptos y consejos tales y tan funestas raices. Buscad, señores, el origen de tantos trastornos políticos, de tantas revoluciones como afligen al mundo y principalmente á la Europa desde hace muchos años, y vereis por corta que sea vuestra vista, que á tantas desgracias, á la ruina de los tronos á la desmoralizacion de las costumbres, á rios de inocente sangre vertida sin que supieran el por qué, los mismos que se entregaron al sacrificio, ha dado margen y principio la soberbia. Si, no lo dudeis: la soberbia y la ambicion de hombres que mal avenidos con el estado en que les colocara la Providencia, les ha hecho abrirse paso para ocupar los primeros y mas elevados puestos del Estado, sin reparar en que para conseguir

sus planes, haya sido necesario fijar la planta en gradas ensangrentadas. Pues bien, el Evangelio ve los males que trae al mundo la soberbia, y queriendo poner un ante-mural á tan funesto vicio, dice al hombre que sea humilde. Fijad vuestra vista en otros desórdenes de gran tamaño que cada dia tenemos ocasion de observar. Buscad el origen de esas grandes fortunas improvisadas que vemos formarse como por encanto, y observareis que en ellas tuvo parte un ilícito y criminal comercio con la necesidad ajena: vereis que se defraudó de parte de su salario al infeliz jornalero; vereis en suma unos huérfanos en la mayor miseria, por que la herencia que les dejara un padre, cayó en poder de un avaro. ¿De un avaro he dicho? Asi es la verdad; porque la avaricia, el amor de las riquezas que se apodera del corazon es ciertamente el origen y la raiz de tan lamentables escesos. Por esto el Evangelio sale al encuentro del hombre diciéndole que no ponga su corazon en las riquezas, que no sea avaro, que no atesore en la tierra sino que coloque su tesoro en el cielo. No condena las riquezas si son bien adquiridas; y si pondera la dificultad de salvarse un rico es para condenar la avaricia y ambicion, y el mal uso que se hace de ellas. El rico se salvará como el pobre si usa rectamente de sus bienes, si obra en caridad: empero al que adquirió sus bienes por medios tan ilícitos y criminales como los que hemos bosquejado, de nada le servirá el que quiera lavarse con la limosna, por que es un principio cierto é indudable que no hay caridad allí donde no hay justicia.

Sin detenernos en otras reflexiones oportunas por no dilatar el discurso, ya podeis conocer la sublimidad de la ley evangélica y los muchos males de que

preserva su observancia. Ahora pues, para venir á mi propósito, yo os pregunto. ¿Dónde traen su origen la ruina de muchas familias, la mayor parte de las guerras donde tantas víctimas se sacrifican, y esos duelos criminales, donde pierden la vida miembros que podían ser útiles en la sociedad? ¡Ah! La falta de caridad, el espíritu de ódio y de venganza. La caridad no era conocida en la antigüedad. La falta de esta virtud, y el deseo de vengar las ofensas eran las causas de gravísimos males. Escuchemos la narracion del evangelista San Mateo. Continuando Jesucristo la série de documentos que daba á sus discípulos: *Habeis oido, les dice, que fué dicho, amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo: mas yo os digo á vosotros: Amad á vuestros enemigos, haced bien á aquellos que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* De este modo Jesucristo, legislador divino, que vino para perfeccionar la ley, y enseñar á los hombres el camino de la salvacion, sale al encuentro de grandes errores, publicando una doctrina que jamás hubiera podido salir de los labios de los celebrados filósofos de la gentilidad, y nunca pensaron en ella los presumidos sábios y doctores de la Sinagoga.

Varias cosas llaman mi atencion en este precepto, impuesto por Jesucristo y consignado en el Evangelio: «*Habeis oido que fue dicho: Amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo.*» El pueblo á quien Dios se dirijia por Moisés, no conocia límites en sus venganzas: por esto impuso la ley del Talion, que consistia en ser el castigo igual al delito: «ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pié por pié, decia el legislador de los judios (1).» Jesucristo, pues, que como hemos dicho,

(1) Oculum pro oculo, dentem pro dente, manum pro manu, pedem pro pede. Exod. cap. XXI, v. 24.

vino á perfeccionar la ley, establecé no una cosa contraria sino una cosa mas perfecta: *Yo os digo á vosotros: Amad á vuestros enemigos: haced bien á aquellos que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* ¡Qué moralidad tan santa! ¡Qué palabras tan sublimes! No son un consejo del Salvador; forman sí un mandato obligatorio. No dice por cierto: será bueno que ameís á vuestros enemigos, sino: *Ego autem dico vobis.* Yo os digo, yo os mando que lo hagais. Como si dijera: Yo que aunque estoy revestido de la humana naturaleza; soy un Dios con el Padre y el Espíritu Santo: yo que soy vuestro Redentor y que tengo un derecho propio sobre vosotros, os mando y ordeno que ameís á vuestros enemigos. Si los cristianos estuviesen identificados con su Redentor como debian estarlo, bastábales este solemne mandato para deponer todo ódio y mala voluntad, y practicar esta perfeccion evangélica. Por este mandato no solo nos prohíbe Jesucristo odiar á nuestros enemigos, sino que nos obliga á amarlos, dándoles pruebas de nuestro amor y caridad, cuando de ello necesiten. ¿No desea Dios la salvacion de todos? ¿Jesucristo no vertió su preciosísima sangre por todos los hombres? Pues al mismo modo nosotros debemos desear la salvacion de todos, y debemos rogar muy especialmente por aquellos de quienes hemos recibido ofensas: porque no hay duda, mis hermanos; ó somos de Jesucristo ó somos del demonio. Si de Jesucristo, necesario es que le obedezcamos, que observemos sus mandatos, que copiemos sus ejemplos. El Salvador, que nos manda perdonar las injurias y amar al enemigo, ¿qué hizo cuando estaba pendiente del sagrado madero de la cruz? Darnos un ejemplo admirable de lo